

ECONOMÍA ANTIGUA Y SU DECADENCIA; ECONOMÍA MEDIEVAL Y LA CRISIS DEL FEUDALISMO

(RÉPLICA AL SEÑOR PAUL A. BARAN)

Jan Bazant

(México)

El profesor Baran, de la Universidad de Stanford, publicó en el número 100 de EL TRIMESTRE ECONÓMICO un interesante estudio titulado “Sobre la evolución del excedente económico”. Se trata de un ensayo de definición y valoración de la economía antigua y medieval; de un ensayo muy estimulante en sí. Sin embargo, algunas de sus afirmaciones merecen nuestra atención y crítica.

En primer lugar, hay que explicar la terminología que el profesor Baran emplea porque en ella basa su tesis. Distingue entre el excedente económico real y el potencial. El primero se podría identificar aproximadamente con la inversión productiva y el segundo con la inversión improductiva más consumo superfluo; es decir, con el despilfarro de riquezas. En otras palabras, “excedente real” es cualquier egreso útil a la sociedad mientras “excedente potencial” es egreso mal empleado, aunque se podría emplear para el bien de la sociedad (por esto se llama potencial).

Ahora bien, la tesis del profesor Baran se basa en la suposición de que en la Antigüedad y la Edad Media el excedente potencial era muy grande, quizá inmenso, en tanto que el excedente real era muy pequeño o quizá insignificante. Traduciéndolo a un lenguaje menos técnico, esto significa que en aquel tiempo el producto total del trabajo era muy grande; esto es, se producía mucho más de lo necesario para el consumo razonable de los propietarios de los bienes de producción. Sin embargo, el saldo no se aprovechaba en mejoras tecnológicas con el fin de aligerar la carga del trabajador, ni en el aumento de su salario, es decir, en el aumento de su consumo, sino al contrario, en el consumo desenfrenado de los ricos, en gastos improductivos como lujosos edificios públicos y en inversiones improductivas como industrias de guerra.

Veamos ahora en detalle lo que dice el artículo acerca de la economía antigua. El autor reconoce que “la antigüedad griega a partir de la edad de Homero, pero en particular su período ‘clásico’, experimentó un gran incremento en la productividad, que afectó no sólo a la agricultura sino también a las artesanías y la navegación”. Sin embargo, tanto en Grecia como después en Roma, “el incremento de la productividad, y del producto total se

encontraba por entero fuera de proporción con las privaciones impuestas a los esclavos y con el volumen del excedente así asegurado"... "Las condiciones de vida no sólo de los esclavos sino de las clases inferiores en general se mantuvieron abatidas hasta casi los niveles primitivos"... "...el excedente económico real era muy pequeño. La gran diferencia entre el excedente potencial y el real la absorbían el proverbial consumo excesivo de los ricos y la multiplicidad también proverbial de gastos improductivos."

Y en relación con lo anterior, "la abundancia y baratura de los esclavos embotó cualquier iniciativa encaminada hacia la innovación técnica y el progreso".

Creo que hay que rectificar un poco este juicio o prejuicio sobre la Edad Antigua y la esclavitud. "Algunos investigadores modernos — escribe M. I. Rostovtsev en su gran obra *The Social and Economic History of the Roman Empire*—, han creído ver la causa de la debilidad de la industria antigua en la existencia de esclavos. La baratura de su trabajo... y su número inagotable, que permitía un incesante aumento en la cantidad de trabajadores, impidieron la invención de máquinas, haciendo así imposible la creación de fábricas. A esta teoría hemos de oponer que la industria antigua alcanzó su máximo desarrollo precisamente en el período helenístico, cuando se basaba por entero en el trabajo esclavo, y comenzó a decaer, en cambio, bajo el Imperio Romano, cuando los esclavos se sustituyeron, poco a poco, también en la industria, por un número cada vez mayor de trabajadores libres... Es un hecho notable que la industria comenzó a decaer en el momento preciso en que cesó el progreso tecnológico, simultáneamente a la paralización del progreso de la ciencia pura; y este hecho no se puede explicar por el empleo de esclavos."

De las ciudades helenísticas del Mediterráneo oriental dice Rostovtsev que "disponían de un amplio mercado interior, y competían entre sí en un comercio exterior muy importante y en continuo incremento. Poco a poco, perfeccionaron la técnica de la producción agrícola e industrial, con ayuda de la ciencia pura y aplicada que progresó con pasos de gigante en todos los reinos helenísticos, y emplearon, tanto en la agricultura (con inclusión de la ganadería) como en la industria, los métodos de una economía puramente capitalista basada en trabajo esclavo. Introdujeron por vez primera la producción en gran escala para un mercado ilimitado".

En lo anterior se podría criticar en mi opinión solamente el uso de la palabra "capitalista". Pero lo que dice Rostovtsev es tan claro que no es necesario perder el tiempo en discusiones de terminología.

Creo poder deducir que la reinversión de utilidades con fines productivos, tanto en mejoras técnicas como sobre todo en grandes cantidades de esclavos que representaban capital (como hoy lo es el ganado o la maquinaria) era considerable y, en consecuencia, que el excedente económico real no era tan insignificante como cree el profesor Baran.

En cuanto a la decadencia de la economía y la sociedad antigua, el profesor Baran cree que fue causada esencialmente por la rebeldía siempre creciente de esclavos, que acabó por hacer incosteable ese modo de producción. Pero oigamos lo que dice a este respecto el autor: "... toda la historia griega y romana se señala por las fugas de esclavos en números mayores o menores, y por las insurrecciones de esclavos que asumían proporciones cada vez más grandes. En los últimos días de la Hélade, igual que en Roma a partir del siglo I, disminuyó constantemente el excedente obtenible con la ocupación de esclavos. El deterioro de las capacidades económicas y las fricciones políticas intensas causadas por el malestar de la población esclava redujeron grandemente la fuerza externa, militar, de las sociedades propietarias de esclavos. Esto condujo a su vez a que disminuyera la capacidad de éstos para adquirir esclavos nuevos". De ahí, según el profesor Baran, el aumento en el precio de los esclavos y, a la postre, la disolución del orden antiguo.

Claro está, la historia griega y romana está llena de rebeliones esclavas, pues mientras quienes gozan de la libertad muchas veces no la aprecian, los que carecen de ella la consideran como su máxima aspiración, más importante que el pan diario. Sin embargo, creo que el profesor Baran tropezaría con dificultades al querer demostrar que la actitud rebelde de los esclavos haya reducido la eficiencia de la producción al grado de hacerla incosteable (cuando menos así entiendo su tesis). Durante siglos tienen lugar con más o menos frecuencia insurrecciones esclavas; sin embargo, al mismo tiempo sigue creciendo la cantidad de esclavos y sigue igualmente creciendo la producción industrial y agrícola por medio del trabajo esclavo. En otras palabras, durante casi mil años la insubordinación esporádica del esclavo indudablemente no tiene efecto adverso sobre el desarrollo económico; pero a partir del siglo I (cree el profesor Baran), sí lo tiene. Aun suponiendo que a partir del siglo I las insurrecciones esclavas hubieran tenido este efecto, ¿por qué no lo tuvieron antes? ¿No podría alguien afirmar que en el milenio anterior fueron una causa del progreso? De lo anterior se desprende con bastante claridad —creo yo—, que las causas de la decadencia hay que buscarlas en otra parte.

Creo que la causa del retroceso se encuentra en la estabilización de los límites del Imperio Romano. A principios de Nuestra Era, el mundo antiguo llegó a sus límites naturales, geográficos, a saber el mar en el Oeste, la selva nórdica en el Norte, el desierto en el Sur y el desierto en el Este. Hasta entonces todo marchó bien, por decirlo así, porque tanto las guerras como la conquista y la colonización de tierras nuevas proporcionaron un estímulo a la industria y la agricultura. Siguiendo con Rostovtsev, "el adelanto realizado en la industria durante el período griego y helenístico, tanto en la técnica y en la división del trabajo, como en la producción en masa para un mercado ilimitado, se debió al incremento

constante de la demanda de productos industriales... Los industriales griegos sabían cómo adaptarse a las necesidades de nuevos clientes y atraer compradores; y entre los diferentes centros industriales nació una intensa competencia”.

Sin embargo, con el establecimiento de la *Pax Romana* —tanto en el interior como en el exterior— “el mercado de la industria greco-romana quedó reducido exclusivamente a la población del Imperio... Mientras la expansión de la civilización romana fue progresando, floreció y se desarrolló también la industria... Pero tal expansión cesó con el reinado de Adriano. No se conquistó ya provincia nueva alguna... El mercado para la industria quedó limitado... al Imperio”.

En una palabra, se estancó la demanda y, con ella, la producción en gran escala. Imaginémosnos las pérdidas de un propietario de esclavos en tanto que éstos tienen que permanecer ociosos por falta de producción: pues un esclavo tiene que comer aun sin trabajar.

Otra consecuencia del establecimiento de la *Pax Romana* fue el encarecimiento de los esclavos; por supuesto, si cuestan más se les trata mejor y así llega un momento en que se les da la libertad para que sean beneficiados en los repartos gratuitos de cereales —caso referido por Otto Neurath en su obra *Antike Wirtschaftsgeschichte*. Además, como consideración adicional, es preferible deshacerse de un rebelde potencial— sólo dentro de estos límites podría ser válida la tesis del señor Baran.

No es difícil adivinar las consecuencias de todo lo anterior; el capital se retira de los negocios y se atesora, obligando al gobierno a intervenir o reglamentar la vida económica, con resultados que nadie ignora; o se derrocha, ayudando así en mi opinión a combatir, aunque a la postre sin éxito, la depresión de la economía antigua. Como derroche de bienes económicos hay que considerar también el mantenimiento, por parte del gobierno, del ocioso proletariado romano para el cual no había trabajo ni tierras. También esto ayudó, quizá un poco, a sostener la economía. Igual función desempeñó, a mi entender, la construcción de lujosos edificios públicos, foros, baños, anfiteatros, circos, estatuas, columnas y arcos triunfales. Todo este “desenfreno absurdo” ya no lo parece tanto, sino que ocupa su lugar lógico dentro de la decadente economía romana.

Llegamos a la Edad Media. La tesis del profesor Baran acerca de ella es muy semejante a la que sostiene sobre la economía antigua. En primer lugar, admite que “el incremento del producto total que se logró aproximadamente después del siglo ix fue de tal tamaño que proporcionó en el curso de los cuatro o cinco siglos subsiguientes no sólo una mejoría significativa en las condiciones de vida de los siervos... sino también un fuerte aumento del excedente económico... El modo de utilización de este excedente no se diferenciaba mucho, en esencia, del que hubo en la

Antigüedad... El gran volumen del excedente económico y la exigüidad de la inversión en facilidades productivas abrieron una ancha grieta entre el excedente económico potencial y real. Los castillos y palacios, las catedrales e iglesias que aún sobreviven de esos días son las huellas de esa grieta, en no menor medida que los grandes gastos en empresas eclesiásticas y militares consignadas en la Edad Media”.

A primera vista percibo una contradicción en lo siguiente: la producción aumenta al grado de arrojar un fuerte excedente; pero éste no se usa con fines productivos sino que se despilfarra. Me pregunto cómo la producción puede aumentar tanto sin que una fracción notable del excedente se invierta precisamente en la producción, en innovaciones tecnológicas, mejoras organizativas, etc. Una u otra cosa es correcta, pero no las dos; si aumentaba mucho la producción con el resultado de dejar un fuerte excedente, en tal caso no se despilfarraba, o bien se despilfarraba con el resultado de impedir un aumento en la producción. Me parece que la tesis fundamental del profesor Baran sobre la utilización improductiva del excedente económico se podría salvar sólo diciendo que el aumento en la producción no se debió tanto a la aplicación de la inteligencia al trabajo sino a un trabajo más intenso, esto es más duro y más largo. Consideremos, pues, dicha contradicción como inexistente con el fin de enfocar nuestra vista sobre lo fundamental.

Dicho sea de paso, en apoyo de su concepto sobre el despilfarro o atesoramiento improductivo, el señor Baran cita unas palabras de Henri Pirenne tomadas de su estudio *Les périodes de l'Histoire Sociale du Capitalisme*. Desgraciadamente, no se fijó en que ellas se refieren únicamente a los primeros siglos de la Edad Media. En mi opinión, se trata de un error muy lamentable, pues Pirenne no se cansa de distinguir entre la primera fase de la Edad Media, caracterizada por el estancamiento y la decadencia económica y la segunda fase que empieza aproximadamente después del año 1000 y que se puede describir como una fase de pujanza y progreso en todos los campos de la economía y la tecnología. Precisamente Pirenne, más que cualquier otro historiador de la economía, proporciona excelente material con el que se puede refutar la tesis del profesor Baran.

Entiéndase bien que no está sometida a discusión la primera fase de la Edad Media, sino sólo sus últimos cuatro o cinco siglos. Quienes lean con cuidado el artículo del señor Baran estarán de acuerdo, creo yo, en que su tesis básica la aplica en igual medida al período que empieza en el siglo xi, período que vamos a estudiar a continuación.

También en la *segunda* mitad de la Edad Media, una parte del excedente económico se empleaba en gastos improductivos muy vistosos, como la guerra y el lujo. Sin embargo, si la guerra y el lujo, así como también las industrias relacionadas son por sí solas fenómenos nocivos o superfluos, pueden proporcionar en cierto momento histórico un poderoso estímulo

a la economía. Si no me equivoco, precisamente la guerra y el lujo desempeñaron ese papel en la evolución de la economía europeo-occidental que se encontraba en un punto muerto hace aproximadamente mil años, creando primero la necesidad, después la demanda y por último la industria. La necesidad de defender la herencia cristiana contra los árabes y después de otros invasores condujo a un auge de la minerometalurgia y la herrería, y sentó la base para la subsecuente fabricación de implementos y herramientas agrícolas e industriales, sobre todo el arado. La fascinación que las telas orientales de seda ejercían en la mente europea de entonces y ciertos obstáculos relacionados con su importación, hizo que esas telas empezaran a imitarse en el Occidente, aunque en vez de la seda se utilizó la lana, que era la materia local. Por consiguiente, la parte del excedente económico, gastada en armas y artículos de lujo, sirvió por lo menos una vez a un propósito útil y productivo.

En segundo lugar, determinados gastos medievales que a primera vista parecen improductivos tienen que aceptarse después de un examen concienzudo como indirectamente productivos. La construcción de imponentes catedrales no es un simple despilfarro de energías humanas, pues en aquella época de analfabetismo general, una catedral llenaba las funciones que actualmente desempeña la escuela, el teatro, la sala de conciertos y exposiciones; en una palabra, toda la cultura en su conjunto. Además, la Iglesia se encargó, entre otras cosas, también de los hospitales y la beneficencia, actividades indudablemente útiles.

Lo mismo podría afirmarse en relación con los señores feudales. Sus castillos ya no parecen superfluos si nos imaginamos las bandas de salteadores y asesinos, los pueblos aún no sometidos al orden, y los animales salvajes del bosque, que constituían un peligro para la vida y la cosecha de los campesinos. De lo anterior se desprende, por ejemplo, que la caza no fue un lujo sino una actividad indispensable para la sociedad, una actividad indirectamente productiva. Como quiera que sea, los señores feudales y la Iglesia fueron todo, menos parásitos, en el cuerpo de aquella sociedad.

No menos importantes fueron las inversiones directamente productivas de la Iglesia y de los señores feudales, sobre todo las del primer señor feudal, el Rey. El volumen I de *The Cambridge Economic History of Europe* nos enseña que aparte de la guerra y la religión, los guerreros y los sacerdotes se dedicaron con mucho empeño a la agricultura y la ganadería. La cantidad de innovaciones implantadas en la segunda mitad de la Edad Media es tan grande que cabe la conclusión, a mi juicio, de que en cuanto al sector feudal, rural o agrícola de la sociedad, una parte considerable del excedente económico —imposible de cuantificar por falta de datos estadísticos— se invertía con fines productivos; una buena parte de lo que se extraía de la sociedad se le devolvía a ella.

Con respecto a la ciudad, la industria y el comercio, el autor dice lo siguiente: "Tampoco las riquezas que acumulaban los mercaderes y usureros se dirigían hacia la inversión en facilidades productivas. Si bien los aumentos de producto que alcanzaron entre los siglos xi y xv constituyeron la base indispensable para la expansión del comercio, el desarrollo de las ciudades y la proliferación de las acumulaciones mercantiles, sin embargo, apenas puede atribuirse a estas acumulaciones la promoción del progreso económico... De modo que en la Edad Media la aglomeración de un gran volumen de excedente económico, aun en las manos de mercaderes y financieros que se apoyaban en la maximización de sus ganancias, no condujo a nada semejante al desarrollo de las fuerzas productivas que se alcanzó en los siglos xvii y xviii." Por último, el profesor Baran cita las siguientes palabras de otro autor: "Si [los comerciantes y prestamistas —nota mía—] gastaban el dinero improproductivamente, pudo deberse simplemente a que no había campo para invertirlo de modo progresista en ninguna escala, dentro de los límites de este sector capitalista."

Lamento estar nuevamente en desacuerdo con el profesor Baran. No obstante, es necesario aclarar que nos hemos de referir en lo que sigue únicamente al período expansivo o si se quiere inflacionista, de la Edad Media, que termina alrededor de 1300; lo que siguió después fue la desintegración de la economía medieval, a la que reservaremos la última parte de este trabajo. Por el momento nos concentraremos en el período de 1000 a 1300.

Naturalmente, nadie podrá discutir al profesor Baran su afirmación de que el desarrollo tecnológico y económico de la Edad Media no se compara al alcanzado en los siglos xvii y xviii. Con igual derecho se puede decir que el incremento de la productividad en los siglos xvii y xviii es pequeño en comparación con el que se alcanzó en el siglo xix, y que el progreso en el siglo pasado es pequeño en comparación con el que ha tenido lugar en el actual... Observando el pasado se podría afirmar igualmente que los adelantos logrados en la Edad Media son mucho mayores en comparación con el progreso tecnológico y económico de la era romana, etc. Y es que la técnica no parece avanzar en línea recta sino tomando la forma de una curva exponencial.

Pero en fin, lo importante no es la mayor o menor velocidad del crecimiento de las fuerzas productivas —hablando de la Edad Media—, ya que de cualquier modo no la podemos medir, por falta de estadísticas.

Lo importante es que sí se presentaron en la época de que hablamos muchas innovaciones tecnológicas y de organización que fueron verdaderamente revolucionarias, como por ejemplo, la aplicación del molino hidráulico a una serie de procesos industriales y minerometalúrgicos, la construcción de canales de navegación, el uso de la escritura en las cuentas y la organización comercial, un sinnúmero de otros adelantos, como se

puede ver, por ejemplo, en el volumen II de *The Cambridge Economic History of Europe*.

Si esto es así podría preguntarse: ¿de dónde provenía el dinero para todas estas inversiones productivas o cómo se financiaban? El dinero sólo podía provenir de las ganancias de los comerciantes o de otros ricos urbanos o rurales; es decir, precisamente de quienes asegura el profesor Baran que lo gastaban improductivamente. En consecuencia, su tesis no puede ser correcta. Por supuesto, nunca sabremos por falta de datos qué proporción de utilidades se reinvertiría; pero me daré por satisfecho si el profesor Baran admite que la proporción no era insignificante.

Llegamos al último tema del artículo —la crisis general de la economía medieval— que se sitúa de acuerdo con la historiografía moderna en el siglo xiv y parte del siglo xv. Dicha crisis es para nosotros de suma importancia, pues en ella murió el orden feudal y nació o germinó el capitalismo, tal como lo conocemos; esto es, el capitalismo de libre empresa.

En opinión del profesor Baran, los trastornos de esa época fueron causados fundamentalmente por la creciente explotación y miseria del pueblo y, como resultado de lo anterior, por la exacerbación del conflicto social entre los ricos y los pobres. Sólo citaremos las palabras con las que el autor concluye su artículo: “Así en los términos más generales, fue la exacción de una porción excesivamente grande [y creciente] de un producto absolutamente bajo y que sólo crecía con lentitud, que las clases dirigentes de la sociedad feudal [los terratenientes, la Iglesia y los patricios de las ciudades] arrancaban de sus muy oprimidos productores directos [los campesinos y artesanos]... lo que condujo a la crisis económica, social y política y a la subsecuente ruptura del orden feudal.”

La guerra social del siglo xiv es una realidad tanto en el campo como en la ciudad; lo mismo en Flandes y Francia que en Italia e Inglaterra. Pero ¿significa esto que esas insurrecciones, a veces victoriosas y en otras derrotadas, hayan sido causadas siempre por la creciente explotación y miseria popular? Entre paréntesis, creciente explotación y miseria no es necesariamente lo mismo; puede haber miseria sin creciente explotación y viceversa. Pero dejemos a un lado esas sutilezas para no perder de vista la idea fundamental del profesor Baran, de una explotación cada vez mayor. Puedo afirmar que el problema no reviste la sencillez que le atribuye el profesor Baran; más bien al contrario, existe en esa época una fuerte tendencia hacia una explotación menor como consecuencia del envilecimiento de la moneda, que tuvo lugar en la primera parte del siglo xiv y que afectó a los señores feudales en beneficio del campesinado. “Las rentas señoriales —dice Henri Pirenne en su estudio *La Fin du Moyen Age* publicado en la colección *Peuples et Civilizations*— que “cuando menos las pagaderas en dinero, cuya tasa no varía, han perdido todo su valor. Los

terratenientes, perjudicados por el aumento en el precio de la vida y la disminución de sus ingresos, se tienen que mostrar implacables con sus inquilinos. . . Además, muchos señores pequeños, que ya no pueden vivir de sus propiedades, buscan fortuna en la guerra o se convierten en salteadores. . . Los grandes señores, igualmente empobrecidos, que deben hacer frente a sus crecientes gastos, siguen el ejemplo del Rey y el Papa, al crear ingresos nuevos en la forma de impuestos extraordinarios. . ." No olvidemos que a principios del siglo xiv la servidumbre estaba prácticamente muerta en las regiones más avanzadas de Europa; el campesino era libre y pagaba simplemente una renta fija a su señor. Y como consecuencia de factores económicos fuera de su alcance, el señor feudal sufrió en la medida en la que era rentista-acreedor y no productor-agricultor. En cambio, el campesino que era productor y deudor neto, se benefició; en otras palabras, la fracción del producto total, que se apropiaba el señor feudal, disminuyó; en una palabra, la explotación disminuyó o tendió a disminuir. Por supuesto, los señores feudales reaccionaron, tratando de restablecer la servidumbre, y esto condujo a las insurrecciones campesinas. Pero ya no se trataba de la rebelión de un pueblo hambriento y reducido a la miseria, sino de un pueblo libre y consciente de sus derechos.

Del ejemplo anterior podría deducirse que la crisis del siglo xiv no se puede reducir a una mayor o menor cuantía de la explotación del pueblo, de parte de la clase dominante. Lo que el profesor Baran considera como la causa de esa crisis es un elemento meramente superficial. Esa crisis es un fenómeno sumamente complejo y contradictorio, como todos los períodos críticos de la historia. A continuación proporcionaré un diagnóstico de la enfermedad del siglo xiv, interpretando a mi modo el sentir de Henri Pirenne y su escuela —autores como Eleanora Carus-Wilson y H. van Werveke. Me concentraré en la industria pañera flamenca que ocupó en la economía medieval el mismo lugar que ocupa, digamos, la industria siderúrgica y automotriz norteamericana en la economía mundial del siglo xx. Las otras industrias las podemos considerar como un mero reflejo de aquélla.

En lo económico, la crisis del siglo xiv se puede definir como una serie de brascas sacudidas u oscilaciones entre escasez de la materia prima de buena calidad, es decir, de la lana inglesa, y la escasez de mercados para el paño flamenco. Recordemos que en el siglo xiii la lana inglesa se exportaba a Flandes para su elaboración; después, el paño flamenco blanco (en crudo) pasaba por intermedio de las ferias de Champaña a Florencia, para su acabado y teñido en escarlata; finalmente, de ahí se exportaba al Oriente o bien a diferentes países europeos. Ahora bien, a principios del siglo xiv cobra ímpetu la industria pañera inglesa y también la florentina (sobre la última véase Alfredo Doren, *Storia economica dell' Italia nel Medio Evo*), con el resultado de que Flandes se quedaba periódica-

mente sin trabajo tanto por falta de materia prima como de mercados. De ahí la depresión económica de Flandes, el desempleo y la victoriosa revolución gremial.

Pero sigamos las palabras de Pirenne, tomadas de la obra citada: "No era suficiente, en efecto, que los artesanos tomaran el poder para gozar de la independencia económica con la que habían soñado. Con la caída del patriciado acabaron muchos abusos; pero las condiciones generales de la gran industria seguían en pie. Nadie tenía el poder de terminar con las crisis provocadas por las guerras, de fijar el precio de la lana importada de Inglaterra ni el de los paños en el comercio internacional. La índole capitalista de la industria pañera no desapareció porque los capitalista habían dejado de gobernar las ciudades. Sin duda... ya no les correspondía regular los salarios ni organizar las condiciones de trabajo en beneficio propio; pero las necesidades implacables del comercio internacional seguían oprimiendo igual que antes a los obreros. Si éstos ya no eran víctimas de los grandes industriales, continuaban siendo víctimas de la gran industria. Y eran incapaces de comprenderlo. En vano se esforzaban por estrangular la fabricación de paños en el campo y por combatir la competencia de las pequeñas ciudades; en vano los tejedores trataban de reducir el salario de los abatanadores; en vano Gante quería imponer su hegemonía al resto de Flandes: todo esto demostraba la incapacidad de la economía urbana para escaparse de las exigencias de la economía internacional. Si bien los artesanos podían reglamentar la fabricación de paños, no podían obligar a los comerciantes extranjeros a comprarlos. Así que, a partir de mediados del siglo xiv, la industria pañera flamenca comienza a retroceder: la exportación disminuye y la lana inglesa escasea y encarece."

Ciertamente, el patriciado flamenco conservó el poder económico después de perder el político. Pero la merma en sus utilidades debido al aumento general de salarios (nuevamente, la explotación disminuyó ¡cuán lejos de la realidad se halla la somera tesis del profesor Baran!) fue de tal cuantía que debió de hacer incosteable la producción; y así vemos a los grandes comerciantes retirarse de los negocios e invertir en bienes raíces, dejando campo libre a algunos tejedores, convertidos ahora en pequeños hombres de empresa, como lo explica H. van Werveke en el vol. VI, núm. 3 de *The Economic History Review*.

Ahora bien, ¿cuáles fueron las causas de ese desequilibrio económico en la economía europea de entonces? En parte, las causas se pueden hallar en el mismo desarrollo económico; en el nacimiento de una industria textil inglesa en el campo, como consecuencia del efecto revolucionario del molino de batán, cuya instalación no era práctica en Flandes, y en el progreso de la navegación, igualmente revolucionario, que hizo posible los viajes de la flota italiana a Inglaterra, a partir de 1314, en busca de la lana necesaria para Florencia.

La explicación anterior suena probablemente bastante bien; pero hay otro factor: la declinación del poder feudal y eclesiástico en favor del poder real. Precisamente a principios del siglo xiv, primero Felipe el Bello en Francia y después Eduardo III en Inglaterra, hacen valer sus pretensiones de poder absoluto a través de actos arbitrarios, violentos y profundamente anárquicos, desde el punto de vista de la economía europea en equilibrio. Una evolución análoga se puede palpar en Italia con la formación de los Estados regionales, en lugar de los Estados-ciudad. Posiblemente, esa evolución tenga su base en el proceso natural de crecimiento: los señores feudales ya no son indispensables porque el Rey puede contratar a mercenarios y, por otra parte, porque el Rey puede prescindir de los clérigos ya que dispone de abogados educados en la Sorbona; pero lo que sorprende es el carácter tan sangriento de esa transformación. ¿Cuál es su efecto sobre la economía medieval? Al afirmar su poder, los reyes de Francia e Inglaterra empiezan a preparar febrilmente lo que habría de ser la Guerra de los Cien Años. Y es precisamente Flandes, un pequeño país indefenso que se encuentra en medio de los dos, el que sufre las consecuencias de los preparativos y de la guerra misma. Aunque Flandes era un feudo de Francia, había conservado hasta entonces su libertad; el rey de Francia aspira a someterla y el de Inglaterra se defiende prohibiendo la exportación de la lana y la importación de paños flamencos. De ahí la ruina de esa industria.

En realidad, es difícil determinar si el surgimiento de la industria pañera inglesa y florentina, que fue un factor importante en la decadencia de Flandes, fue provocado por el factor político o por el tecnológico-económico. Aparentemente, todos esos factores se confabularon con el mismo fin y me parece imposible decidir cuál tuvo prioridad y mayor importancia.

Cuando la atmósfera se vuelve a despejar, en la segunda parte del siglo xv, se presenta el panorama de la economía de libre empresa, sin ninguna restricción. El poderío gremial pereció junto con el del patriciado.

Como conclusión, creo haber demostrado que tanto en la Antigüedad como en la Edad Media se reinvertía una parte de las ganancias —en ninguna forma insignificante— y que las contradicciones de clase no fueron la causa de la decadencia de las dos economías; cuando menos, no en la forma supuesta por el profesor Baran.